

LA VOZ DEL SILENCIO

Sonia Amorós Ayala

1º Bachillerato

La primera vez que pisé el continente africano tenía tan solo 12 años. Por aquel entonces yo desconocía que ese viaje me abriría las puertas de un mundo desconocido para mí y no hablo solo de descubrir otro país y su cultura sino de lo que he llegado a ser como persona y la manera en la que ahora veo la vida. Estoy segura de que si nunca hubiese viajado a ese mágico lugar las cosas serían muy distintas, lo vería todo desde otra perspectiva, sobre todo porque nunca lo hubiese conocido.

Todo empezó cuando mi padre, un profesor de secundaria licenciado en filología árabe, recibió una oferta de trabajo en El Cairo, Egipto. Él sabía que no sería fácil para mi madre y para mí empezar una nueva vida lejos de nuestros familiares y amigos, lejos de Alicante, en un país cuyo lenguaje desconocíamos pero él nunca podría haberse negado a dar clases en el único instituto de la zona al cual acudían los pocos chicos y chicas pobres que querían aprender.

Tras seis largas y aburridas horas de viaje en avión llegamos a lo que desde ese momento sería nuestro nuevo hogar. Se trataba de una casa más bien pequeña de dos plantas, toda pintada de un blanco sucio y con unas viejas vigas de madera que atravesaban el techo y que, según decía mi madre, le daban un aspecto muy rústico..., aunque para mí seguía siendo más parecida a una cuadra que a una vivienda.

El piso inferior constaba de una pequeña sala que hacía las veces de salón y de comedor y una cocina que daba a un patio exterior reservado para tener animales; a través del salón-comedor, se accedía por una escalinata al piso superior en el cual había dos habitaciones individuales, una de matrimonio y un cuarto de baño.

- ¡Anda, Laurita! ¡Pero si tienes dos habitaciones para elegir!

Esas palabras de "consuelo" son las primeras que recuerdo haberle escuchado decir a mi padre desde que llegamos...; obviamente cuando mi padre dijo dos habitaciones, se refería a dos estancias de siete metros cuadrados provistas de un armario, una cama y una mesita, sin olvidar las humedades de las paredes.

Cuanto más tiempo pasaba en aquel lugar más me arrepentía de no haberme quedado en Bilbao con mis abuelos.

La primera persona que conocí en Egipto fue Lashim, la hija de nuestros vecinos. Tenía mi edad, pero no acudía a la escuela porque sus padres no la dejaban, ellos pensaban que las niñas debían aprender a cocinar y a realizar las tareas domésticas para, en un futuro, poder ser unas buenas esposas. Afortunadamente mis padres hablaron con los de Lashim diciéndoles que contrataban a la pequeña como cocinera, aunque en realidad ya teníamos una, y lo que hacíamos era jugar y estudiar juntas.

Los primeros meses que pasé allí hasta conocer a Lashim fueron lo más parecido a un infierno que he vivido a lo largo de mi vida. Todos los vecinos nos miraban con malos ojos y ningún niño quería jugar conmigo. Obligué a mi padre a que me diese clases particulares hasta que empezase el bachillerato, y así podría ir aprendiendo árabe poco a poco en casa y me sería menos difícil adaptarme.

Con la ayuda de Lashim, durante cuatro años, poco a poco y sin darme cuenta me fui introduciendo en el maravilloso mundo de la cultura árabe, en su lengua, en sus sabores, en sus aromas... y fue entonces cuando debía comenzar el primer curso de bachillerato, dejar atrás las clases con mi padre y relacionarme con otras personas... En resumidas cuentas: estaba aterrada.

El primer día de instituto fue terrible... Hablaban en árabe tan rápido que no entendía nada de lo que decían. Los compañeros se me acercaban para preguntarme cosas y yo no podía comprender lo que trataban de decirme... Pero cuando pasó una semana la cosa cambió, empecé a hablar con la gente, todos eran muy simpáticos conmigo; me preguntaban que de donde era y me pedían que les dijese palabras en castellano; en la clase solo éramos siete alumnos y yo había entablado relación más o menos con todos excepto con una persona, alguien con quien no había cruzado ni una sola palabra desde que empezó el curso, su nombre era Sherom.

Sherom era un chico de mi edad, de 16 años, alto, demasiado delgado, con el pelo muy rizado y negro, casi tan negro como sus ojos. Él se encontraba mirando por la ventana cuando me acerqué a decirle:

- Hola, soy Laura, tú eres Sherom, ¿no?

Para mi sorpresa ni me miró.

- Encantada de conocerte - y le tendí mi mano.

Al darle la mano pareció entenderme, me la estrechó delicadamente y sonrió; justo en ese momento vino por detrás de mí otro de mis compañeros de clase y me dijo unas palabras que me dejaron inmóvil.

- Si le hablas no va a contestarte, no ha vuelto a hablar desde la muerte de su padre.

No supe cómo reaccionar, así que le devolví la sonrisa a Sherom y me fui hacia mi casa. Durante toda la tarde no hacía más que pensar en él, en los ojos de ese chico misterioso que escondía tantas cosas..., y decidí intentar comunicarme con él.

Cada día después de clase nos íbamos juntos a un parque y él escribía en una hoja todas aquellas cosas que no podía preguntarme o responderme con su voz, llegamos a contarnos nuestros secretos más íntimos hasta coger una confianza mutua inexplicable, pero no me atreví a preguntarle nunca fue sobre su familia, por miedo a recordarle cosas que tal vez él quería olvidar.

Durante meses me gustó imaginarme la voz de Sherom y durante todo el curso no me cansé de ver su sonrisa y sus ojos negros, y mucho menos de tener esas conversaciones a través de un bolígrafo y un papel. Cada día al llegar a mi casa, como si del mayor de los tesoros se tratase, guardaba aquellas hojas en una caja, la cual aún conservo, y mentiría si dijese que no la saco de su escondite y los leo de vez en cuando.

Todas y cada una de las tardes que pasábamos en el parque eran maravillosas, me atrevería a calificarlas de mágicas, aunque lo que verdaderamente asombroso fue el gesto que se dibujó en mi cara el día que por primera vez pude escuchar su voz.

Como una de otras muchas tardes, Sherom y yo estábamos sentados en un banco del parque en el que nos reuníamos. La primavera ya había comenzado a teñir de verde los árboles y se dibujaban algunas flores entre la hierba. No sé lo que me hizo decidirme, pero ese día le pregunté sobre la muerte de su padre y, para mi sorpresa, Sherom abrió su boca mostrando sus preciosos dientes blancos, y esta vez no fue para sonreír.

- Mi padre era comerciante, solía viajar durante muchos días y ese día me dejó ir con él. Tenía cinco años y estaba muy emocionado por poder viajar con mi padre. Debía llevar un encargo de fruta desde Egipto a Marruecos y en la frontera unos hombres le pidieron que se identificase. Yo estaba en el asiento trasero escuchando aquella conversación y, cuando mi padre fue a abrir la guantera del coche para darles su identificación, le pegaron un tiro y entre risas robaron

toda la fruta. A mí no me vieron porque me escondí... Ni siquiera le dejaron tiempo de sacar su pasaporte...

Aquella historia tan terrorífica y tan cruel que acababa de escuchar me sonó incluso dulce narrada con su voz. Era muy distinta a como yo la había imaginado, era como escuchar una dulce melodía... una melodía que había sido secreta y que yo había escuchado por primera vez en once años... En cuanto Sherom dejó de hablar, salí de mi sueño para volver a la cruda realidad, para volver a una historia que vivió un niño de cinco años y que en los países subdesarrollados se vive día a día.

Durante ese verano Sherom y yo nos enamoramos más y más. Nuestros cuerpos y nuestras mentes se entendían tan bien que no hacía falta hablar para comprender lo que sentíamos... Nos pasábamos horas hablando, tal vez para recuperar ese tiempo perdido en el que nos tuvimos que conformar con un papel y un bolígrafo para poder expresarnos. Cada vez nuestra relación era más profunda y más sincera, de tal manera que, en cuanto los dos cumplimos los diecinueve años de edad, me pidió que lo llevase a España; siempre me pedía que le describiese con todo detalle la costa mediterránea en la que había pasado mi infancia hasta los doce años. Y así fue como regresé a España después de haber vivido siete años en Egipto.

Organizamos, con los ahorros que teníamos, un viaje en coche por toda España para mostrarle a Sherom toda nuestra geografía. Él estaba maravillado de ver a la gente de aquí, cómo vivíamos, vestíamos y hablábamos, y yo estaba de la misma manera que él por verle tan feliz y poder mostrárselo todo. Una tarde, paseando por una calle de Almagro, en Castilla la Mancha me dijo de repente unas palabras que me hicieron estar segura de lo mucho que lo quería.

- Laura, quiero pasar el resto de mi vida contigo, aquí, en España. Vivamos juntos.

-

Y con esas palabras selló definitivamente nuestro amor.

Nos instalamos en Alicante, Sherom se puso a trabajar como mecánico en un taller y yo en una agencia inmobiliaria. Las cosas no nos iban mal y pedimos un préstamo para poder comprarnos un apartamento en la playa, nada del otro mundo, pero tampoco nos podíamos permitir gran cosa. Todos los fines de semana nos íbamos a pasear por la playa, a sentir la arena bajo nuestros pies y la brisa marina susurrándonos en la cara. Todo era perfecto, las cosas funcionaban a la perfección y, lo más importante, nos teníamos el uno al otro. Lamentablemente todos los sueños terminan, y el nuestro terminó un día en que, subiendo por las escaleras con la compra, escuché hablar a unos vecinos:

- Ya la hemos liado, en el cuarto derecha se nos ha instalado una pareja de jóvenes...y no te lo pierdas, el chico es un moro de mierda, lleva cuidado y cierra bien la puerta que nos intentará robar, seguro.

Esa fue la primera parrafada que escuché... Me encerré en casa y me puse a llorar. Cuando Sherom llegó, no me atreví a contárselo. Total, solo son unos vecinos maleducados seguro que no se vuelve a repetir; al fin y al cabo cuando yo llegué a Egipto, al principio, también me miraban mal y luego se solucionó todo. Seguro que todo sale bien -pensé-.

Pero no solo no cesaron los insultos sino que la cosa fue a peor. Cuando volvía del trabajo y me dirigía al buzón a mirar el correo, encontraba cartas amenazándonos; al ir a tirar la basura, Sherom se dio cuenta de que nos habían rallado el coche; en la puerta de casa habían dejado pintadas racistas y en cuatro ocasiones llamaron a la policía acusándonos de traficar con drogas.

La situación se hizo insoportable, incluso pensamos en mudarnos de piso, pero no teníamos dinero suficiente. Por las noches, mientras yo lloraba silenciosamente, empapando de lágrimas amargas la almohada y suplicándole a Sherom que regresásemos a Egipto, él me acariciaba el pelo y me recordaba que habíamos decidido vivir en España, que todo se arreglaría y que no me preocupase.

Los meses pasaron y los vecinos, al ver que no conseguían echarnos del inmueble, decidieron enterrar el hacha de guerra y simplemente ignorarnos, hasta tal punto que la cosa se tranquilizó y pudimos seguir tranquilos con nuestras vidas sin que nadie nos molestase. Por primera vez en mucho tiempo todo volvía a ser perfecto; volvimos a coger la costumbre de ir a la playa, de pasear juntos, incluso nos atrevimos a salir por la noche un día a tomar algo.

Aquella era la primera noche que Sherom y yo salíamos de noche por Alicante. Nos arreglamos y nos dirigimos al Puerto, una zona situada al lado de la playa en la que hay pubs y discotecas. Nos sentamos en uno de los sofás del Di Roma mientras tomábamos una copa y escuchábamos música, divirtiéndonos y disfrutando de que todo estuviese arreglado por fin.

Nos retiramos pronto, a eso de las dos, paseando tranquilamente por la playa de camino a casa y ocurrió lo que nunca debería haber pasado: un grupo de chicos nos asaltaron, de un empujón me tiraron al suelo mientras me quitaban el bolso, Sherom les pidió por favor que nos lo devolviesen, les dijo que no teníamos copias de las llaves para entrar en casa y ellos le

contestaron "cállate, moro de mierda, y si quieres protestar te vas a tu país"... Y añadieron doce puñaladas a su bello cuerpo.

Después de aquello regresé a Egipto a casa de mis padres. Ahora tengo treinta años y quería dejar escrita esta historia para que todos sepan lo que ocurrió, lo que unas personas que se hacen llamar miembros de un país desarrollado hicieron a sangre fría... Y también dejo esta historia para que todos reflexionemos sobre el hecho de si merece la pena matar a una persona solo porque el color de su piel es distinto al nuestro... Su piel... Nunca podré olvidar el tacto de su piel, ni sus ojos negros..., ni su voz..., esa voz que él me regaló en Egipto y que una noche de julio me arrebataron.